

¡Si una lágrima sola, si un suspiro
Os merecen sus hados inhumanos,
Darán vuestros esposos,
Que se precian de hidalgos y cristianos,
Patria y altar al infeliz goajiro!»

BOYACÁ.

Yo contemplé con pasmo religioso
Alzarse el sol ardiendo en vivo lampo,
Una vez y otra vez resplandeciente,
¡Famoso Boyacá! sobre tu campo.
Ya los ecos salvajes
De tu colina bella
No repiten del bronce el estampido:
Ya de tu antigua gloria en ti no hay huella;
Y aquí se dieron cita
Dos pueblos valerosos
Á definir una mortal querella;
Y éste es el mismo río que, engrosado
De las tormentas con las turbias aguas,
Sobre la roca solitaria espuma,
Donde enlazados en abrazo odioso
En la última agonía
Los cuerpos de los fuertes campeones
Arrastró confundidos aquel día.
No hay túmulos aquí, no hay inscripciones
Que conmemoren tan heroicos hechos.
Las cruces de madera
Con que la religión honró las tumbas
Cayeron; ahora extienden los helechos
Tan solo aquí su movediza copa,
Y pasta mi corcel la verde grama
Que de los bravos el sepulcro arropa:
Y aquí, de noche, los labriegos oyen
Suspiros en el viento,
Tropes de caballos desbocados

Y el retintín de aceros que se chocan,
Cuando se pone la menguada luna
Entre las negras nubes de Occidente,
Y el can ladra á las sombras tristemente.

Los Alpes gigantescos, la barrera
Que entre los pueblos asentó el Eterno,
No atajaron el paso al fiero Aníbal,
En Trasimeno vencedor y en Canas,
Ni al gran Napoleón para ceñirse
De Marengo los lauros
En las campiñas fértiles romanas.
Cállense estas empresas generosas;
Que aquí hay mayor virtud y hechos más grandes;
Como á la cima de los Alpes vence
La excelsitud enorme de los Andes.

Desde donde el Apure al Orinoco
Con ronco estruendo su raudal tributa,
Hasta donde los Andes su cabeza
Alzan orlada de perpetua nieve;
Llanos inmensos, caudalosos ríos,
Soledad espantosa atravesando,
Bolívar salva, al español buscando.

No el cielo, triste con el largo invierno,
Que torna en mar inmenso las sabanas;
No la inclemente tierra, en que del tigre
Sólo se ven las huellas,
Á Bolívar detienen: marcha, abajo
Quedan los llanos; marcha, y á la cumbre
Trepas de los gigantes de la tierra,
Y pisa al fin la ubérrima comarca
De la bella y feliz Cundinamarca.

Cual tempestad horrenda que camina
Cubriendo con sus alas pavorosas
Monte y valle, poblados y colina;
La obscuridad y el miedo la preceden,

El exterminio y muerte van con ella ;
Sopla abrasando el huracán; se raja
La obscura nube donde duerme el rayo,
Y en ángulos de fuego corre y baja;
Retumba rimbombando el ronco trueno
Y de la tierra se estremece el seno:
Así Bolívar llega, y se presenta
Á la contraria hueste de improviso,
Que, asombrada, la fuga en vano intenta.
El héroe, como el águila, sedienta
De sangre y de furor llena y de rabia,
Que por doquier su presa enhambrecida
Sigue sin darle punto de respiro,
Cierra las sendas á cobarde huída.
Y se traba la lid: la muerte cruda
En ambos campos pasa la hoz aguda
Inmolando cien víctimas y ciento ;
Y cuando en el hervor de la pelea,
El tronar del cañón cesa un momento,
De los heridos se oye la alarida
Con triste guaya ensordeciendo el viento,
Ó la voz de Bolívar conocida
Que al combatiente infunde nuevo aliento.

El sol que en la mitad de su carrera
Vió empezar el combate,
De púrpura riquísima en el velo
Que en el pórtico tiéndese del cielo
Ya con menos fulgor la frente abate ;
Y la mortal contienda acaba sólo
Cuando llega la noche, y las estrellas
Con su luz celestial bañan el polo.

¡Oh! ¡qué espléndido triunfo! ¡Cuántas veces
Cuando el héroe magnánimo,
En las noches sin sueño,
Solitario en su tienda se sentaba
Y el pensamiento inquieto revolvía
Al tiempo irrevocable,

Las inmortales hijas de su gloria,
—Ayacucho, y Junin y Carabobo.....—
Radiosas desfilan ante él veía :
Cual Boyacá ninguna
Entre tanta victoria;
Que así pierden su brillo las estrellas
Cuando aparece la fulgente luna.

Se figuraba entonces estar oyendo
El eco del clarín entre el redoble
Del atambor guerrero y las descargas ;
Del cañón el estruendo,
Los gritos de victoria, los quejidos
Del soldado muriendo,
Y el alto relinchar de los caballos
Que sin dueño en el campo vagueaban ;
Y ver el flaméar de las banderas,
Y el brillo de la armas refulgente,
Y las nubes de humo.....
Á nueva vida entonces renacía
Su corazón de penas expirante,
Cual cobra su esplendor por un momento
Lámpara moribunda
Cuando sopla una ráfaga de viento.
Es de inmortalidad el aura santa
Que de otros mundos á nosotros viene,
Que nuestro pobre corazón inunda
De paz, que en el martirio nos sostiene
Y á regiones de gloria nos levanta.

¡Todo pasó! Mas cierto
Que tal virtud, valor y patriotismo
Mejor corona y premio merecían.
¡Patria! tú mandas el deber severo,
Sin prometer el canto de la fama
Ni el honor del sepulcro postrimero.
¡Regocíjate ya! Los claros nombres
De tus hijos, á par pueden oirse
De los que fueron prez de otras edades,

Más semidioses que hombres,
Camilos, y Leonidas, y Milciades.

Mas si tales la suerte y los destinos
De nuestra raza son; y si el torrente
Del tiempo en sus revueltos torbellinos
Consigo arrastra á una
De los mortales glorias y fortuna,
Quedan con todo nombres
Que eternos vivirán entre las gentes;
Y el tuyo ¡Boyacá! fué consagrado
Á la inmortalidad en el gran día
En que Bolívar desnudó su espada
En tu glorioso campo,
Y dispó con victorioso lampo
De esclavitud la centenaria niebla
En que Colombia mísera yacía.

¡Oh Boyacá! ¡Tú testimonio vivo
Eres de esta verdad asombradora!
Vives; mas solo reina en tu colina
El silencio sublime
De augusta majestad; si el viento gime,
Sólo la voz del río aduladora
Lleva, ó la del cansado peregrino
Que canta—y no á tu gloria, que él ignora—
Por consolar la pena del camino.

AL TEQUENDAMA.

Oir ansié tu trueno majestuoso,
¡Tremendo Tequendama! ansié sentarme
A orillas de tu abismo pavoroso,
Teniendo por dosel de parda nube
El penacho que se alza por tu frente,
Que, cual el polvo de la lid ardiente,
En confundidos torbellinos sube.

Quise también mezclar mi acento débil
Al grande acento de tus muchas aguas,
Y, respirando el aire de tu gloria,
Ensalzarte también con voz ferviente,
Mi lira haciendo digna de memoria,
Y arrojarla después á tu corriente.

Heme aquí contemplándote anhelante,
Suspense de tu abismo:
Mi alma atónita, absorta, confundida
Con tan grande impresión te sigue ansiosa
En tu glorioso vuelo,
Y al querer comprenderte desfallece
De tanta fuerza y majestad vencida.

Tu voz es cual la voz de un Dios que pasma
De asombro y de terror á las naciones;
Cual rimbomba el cañón de la pelea,
Y anuncia así de lejos al viajero
La horrida majestad que te rodea.
Los ecos ensordecen y se cansan
De repetir la horrisona armonía
Que de ti suena en torno
Cual si fueran los himnos de un triunfo
Lleno de pompa y bélica armonía.
El águila asustada alza sus vuelos
Por el éter brillante á las montañas
Donde chillan hambrientos sus hijuelos.

Manso y tranquilo y sosegado corre
Lleno de majestad, y de repente
Cual dragón infernal alza la frente,
Sacude enfurecido
Las vedijudas greñas,
Se asoma al borde del abismo, y brama,
Y se lanza iracundo
De un abismo á otro abismo más profundo
En sabanas lumbrosas de alba espuma,
A ser despedazado entre las peñas.

La roca al golpe gime;
Hierva la onda atormentada y gira,
Se rompe, se revuelve, se comprime
Con clamoroso y desigual estruendo,
Ó como quien se queja y quien suspira,
Y como el humo de una gran hoguera
A torbellinos al olimpo sube
De clara niebla en argentada nube;
Y el poderoso acero
De soledad en soledad, de un monte
A un monte más lejano, lleva el viento.

El ángel guardador de tus raudales
Aquí, de tarde, á contemplarte viene,
Y en ese altar de piedra que se avanza
Lleno de algas, de espuma zarpeado,
Se sienta, el ruido de tu choque oyendo.
Su cabeza de juncos ven ceñida
Y de silvestres ovas,
Y su capa de púrpura teñida,
Los montañeses, y oyen el concierto
De su laúd divino, al brillo incierto
De la pálida luna
Cuando en silencio está todo el desierto.

¡Prodigio del Creador! ¡oh! ¡nada falta
A tu gloria! Pictórico horizonte
Delante se abre; antiguos como el mundo
Los árboles se elevan en tu monte;
Solemnes armonías
Resuenan en tu seno ancho y profundo:
Flores, aromas, luz y movimiento;
Aire esencial de vida en cada aliento;
Un cielo claro encima,
Como el alma de un niño, ven los ojos;
Y por diadema para ornar tu frente
Iris de oro, de púrpura y diamantes
Se cruzan sobre ti reverberantes.

Mas ¿dónde están, oh río, aquellos pueblos
De esta región antiguos moradores?
¿Qué se hicieron los Zipas triunfadores
Que se sentaban sobre el trono de oro,
Y que padres más bien que augustos reyes,
Con amor sonriendo y frente leda,
De dulce paz dictando iguales leyes,
Cual se gobierna una familia, al pueblo
Con el cayado patriarcal guiaban
Cual con riendas de seda?

¿En dónde el templo en láminas de oro
Resplandeciente al sol? ¿A qué comarca
Trasladaron las aras en que ardía
El aroma suavísimo, entre el coro
De virginales voces noche y día?
¿Dónde Aquimín? ¿el Bogotá? ¿el Tundama?
¿Adónde el santo Sugamuxi, adónde?
Tu trueno asordador, como un lamento,
Es la voz sola que á mi voz responde.

¡Pobres indios, abyectos, decaídos
Del vigor varonil, desheredados
De este tan bello y tan fecundo suelo,
Vosotros no poseéis de vuestra patria
Sino el dulce aire y el brillante cielo,
O una heredad cortísima! El arado
Rompe la tierra y de las tumbas saca
Los ídolos pequeños, confundidos
Con el polvo sagrado
De un sacerdote, un Zipa, un rey de Iraca.

Como se avanzan á este abismo oscuro
Y en él se pierden las pesadas ondas,
Así su pobre raza desaparece:
Parte cayó bajo el acero duro
De los conquistadores; en los hierros,
En infectas prisiones y sombrías
Se marchitó su juventud lozana;

Otra se pierde en el extraño abrazo
Con sangre de verdugos confundida.....
¡Nación ayer, no existirá mañana!

¡Y este río caudal sigue corriendo
Como corrió desde la edad antigua!
¡Y el trueno aterrador que estoy oyendo,
Sonaba entonces como suena ahora,
Duro, rabioso, asordador, tremendo,
Como una eternidad devoradora,
Y sonará cuando al sepulcro caiga
Este hombre obscuro, débil, ignorado
Que oyéndolo á su borde está sentado!

¡Oh! ¡qué objetos! ¡el hombre y Tequendama!
¡El hombre sin poder, pincel ni acento
Con que pintar lo que su mente inflama,
Que ayer nacido, vivirá un momento,
Y mañana en el polvo del sepulcro
De su vivir se apagará la llama!
¡Y esta tremenda catarata, eterna,
Con esa voz cual la de mil tambores,
Cual ruido estrepitoso
De cien y cien caballos triunfadores
En el afán de una total derrota;
Y ese hervir fragoroso, inextinguible,
Y esa su roca, firme, estable, inmota,
Que alcanzará á los años de los años
Y del mundo á la edad la más remota!

¡Calma un momento el torbellino raudo
En que ruedas, oh río, al ciego abismo,
Y ese fragor y la explosión del trueno!
¡Disipa el pabellón de negra nube
Que cada instante de tu lecho sube
Para velar tu majestad! Mi álma,
Mis deslumbrados ojos, mis oídos
Sordos ya con el ruido de tus aguas,
Anhelan contemplarte un solo instante

Y dejarte después agradecidos!
Porque tu vista bella
Asombro, pasmo, horror sublime inspira,
Y de verdad severa lección grande
Deja en la mente con profunda huella.
Aire de gloria y de virtud respira
El hombre en ti, capaz de más se siente:
De legar á los siglos su memoria,
De ser un héroe, un santo ó un poeta;
Y sacar de su lira
Un son tan armonioso y tan sublime
Como el iris que brilla por tu frente,
Como el eco de triunfo que en ti gime.

GALILEO.

En alta torre alzado, en noche umbría,
El ojo armado de su activo lente,
Revuelta á Venus la serena frente,
Á Galileo absorto se veía.
El astro en tanto en su órbita corría
De vivísima luz entre un torrente,
Y el viejo, en su balanza omnipotente,
Su volumen y fuerza audaz medía.
Los ángeles del cielo que lo vieron
Del planeta seguir las claras huellas,
Por un simple mortal no lo tuvieron;
Y él dobló su rodilla á las estrellas,
Porque sus ojos de águila leyeron
El nombre del Señor escrito en ellas.

LA GOLONDRINA.

¿De dónde vienes tú con sesgo vuelo,
Alegre golondrina,

Ahora que el sol el espacioso cielo
De fuego con raudales ilumina?
¿De dónde vienes ahora
Qué el monte y la colina
Se ornan de nueva flor y nueva grama;
Ahora que el torrente fragoroso
Por el campo oloroso
Sus claras ondas rápido derrama?
Ya pasó la estación de las tormentas,
Ya las alegres Horas van danzando,
Y de arrayán y flores mil coronas
Sobre el paterno campo derramando.

Ese que ves tan verde y tan florido,
Tu otero conocido;
Y ese en que tu ala fugitiva rasa,
Es tu claro torrente;
Y ese, tu dulce nido
Que en el alar saliente
Vuelves á hallar de nuestra pobre casa.

¡Oh! ¡sigue revolando vagarosa,
Y sobre el campanario de la aldea
Un momento reposa!
Desde allí todo el campo se domina,
Y las mieses que suave el viento orea,
Y el lejano molino y la musgosa
Alta cruz del blanqueado cementerio
Que en medio de los árboles se empinal!....
¡Tiende la vista desde allí gozosa,
Y contempla tu patria deliciosa!

Al primer trueno del obscuro invierno,
Y las lluvias primeras,
Volaste abandonando las praderas
Y tu apacible hogar y nido tierno.
¿Adónde entonces fuiste
Con ala infatigable,
Dejando atrás el horizonte triste

Cubierto de tiniebla,
En cuyo obscuro seno el sol de Mayo
Mal alcanzaba á disipar la niebla,
Donde á intervalos con horror lucía
De tormentosa nube el presto rayo?

Tal vez á las regiones del Oriente
Pasaste con las brisas sonoras,
Y del Meta en la rápida corriente
Remojaste las alas temblorosas;
Tal vez desde la huta del salvaje,
Ó desde la alta torre ya en ruina
De la antigua Misión, viste la frente
Doblar al sol detrás del horizonte
Cual mar sin playa de la gran sabana
De la risueña Arauca, oh golondrina,
En su tumba de azul, de oro y de grana;
Y al revolar de la aura vespertina
Trajo hasta ti la voz del gran desierto
Quejas de bosque, son de ronco río,
Y melodioso pío
De las aves del campo solitarias,
Formando todo espléndido concierto
De júbilo solemne ó de plegarias.

¿Es venturoso, dime,
El indio entre su selva primitiva,
Á quien la ley no oprime
Y la cerviz altiva
Tan sólo en el desierto
Inclina al Grande Espíritu Sublime?
¿Ó le siguen doquier las mismas penas
Y del alma las mismas tempestades,
Y el pobre corazón lo mismo gime
Que en las grandes ciudades
En medio de las vastas soledades,
Oprimido de bárbaras cadenas?
¡Oh! que también en el desierto crecen
Flores para adornar la sepultura;

¡También brillan al sol de sus sabanas
Lágrimas de dolor y de amargura!

En mi primera edad, con la luz pura
Del sol, en el umbral de humilde techo
La banda de ruidosas golondrinas
Miraba, henchido de placer el pecho,
Ir y volver, y revolotar contentas
De la pajiza choza
Á la extensa llanura,
Cual pasa pronta y viva
La luz de las tormentas,
Rozando con el ala fugitiva
Ya sobre la arboleda majestuosa,
Ya sobre el ancho azul, tranquilo lago,
Ya sobre la era antigua que llenaba
La flor del amarillo jaramago.

Cuando era niño, en casa de mis padres,
Dejaba yo que se muriera el día,
Y de las salas lóbregas, desiertas,
Empujaba las puertas,
Ó los duros cerrojos con trabajos
De la antigua capilla describía,
Y á descansar entraba
De golondrinas banda innumerable:
Yo de un varal larguísimo auxiliado
Y de otros niños de mi edad seguido,
Por techos y cornisas implacable,
Sin respetar el inocente nido,
Á la avecilla tímida acosaba,
Que prisionera luego
Á una cárcel tristísima pasaba.

Mi sueño, sin sosiego,
Al clarear el alba interrumpía,
Y á cortarle las alas temblorosas,
Maligno niño súbito corría.
¡Hoy es, aun lo recuerdo! los chirridos

De la avecilla dan en mis oídos,
Y forcejando trémula la veo,
Y aun siento entre mi mano
De sus alas el rápido aleteo.

Una, y fué la postrera
Infeliz prisionera,
Con doloroso pío
Enterneció mi alma
Y de repente dije:
«¡Pobre! ¡vuelva á su campo!» y al momento
Abrí la débil palma,
¡Y ella rasgó precipitada el viento!

¿Adónde huyó veloz el claro día
De inocencia, de paz y de contento
De la niñez afortunada mía?
Tú volviste, avecilla venturosa,
Á tu nido y los campos paternales,
Sobre el ala del aura sonora,
Pasados los funestos vendavales
Cuando en el puro ambiente se difunde
De los floridos campos la fragancia;
¡Mas á mi pobre corazón no vuelve
La dulce paz de su dichosa infancia!